

La Caja de la...

«Pedalea. Mucho o poco, largo o corto.  
Pero pedalea» \_ Eddy Merckx

# Bicicleta



La Caja  
Books

**Elogio del Tour** \_ Éric Fottorino

**La Iliada en maillot** \_ Carlos Arribas

**Se necesitan héroes** \_ Priscila Lessa y Miguel Ferrando

# Bicicleta

La libertad, la infancia, los mitos, el romanticismo, la añoranza. Es infinita la seducción que despierta una bicicleta. En la presente caja, tres libros se suben a ella y reivindican un universo, el del ciclismo, siempre admirado por la abnegación, el sufrimiento y el arrojo de sus gentes. Un mundo impregnado de los tres tipos de poesía que cultivaban los griegos: la lírica, la épica y la dramática.

En *Elogio del Tour*, el escritor francés Éric Fottorino, con un estilo delicado e intimista, revuelve entre sus recuerdos para desplegar un bello canto a la carrera centenaria y a todas las leyendas del ciclismo en blanco y negro que lo obsesionan desde niño, de Coppi a Anquetil, de Bobet a Merckx, de Gimondi a Thévenet.

*La Ilíada en maillot* es un libro concebido desde la épica: un Tour homérico conformado por veintiuna etapas, todas ellas de montaña, con 86 puertos en el itinerario y narrado por el prestigioso cronista de *El País* Carlos Arribas. Un Tour disputado por corredores de épocas diversas, de Pantani a Froome, por las cimas que extasían al aficionado: Mont Ventoux, Galibier, Alpe d'Huez...

En *Se necesitan héroes*, la brasileña Priscila Lessa analiza, desde la estética, por qué fascina tanto el sufrimiento de los ciclistas y qué ha convertido al Tour en una carrera identitaria para los franceses. En la segunda parte, el dramaturgo Miguel Ferrando Rocher sube a escena a tres mitos como Ocaña, Poulidor y Bartali para demostrar, desde el teatro, que la vida no es menos dura que las rampas del Tourmalet.



# Elogio del Tour

\_ Éric Fottorino



La Caja  
Books

# Elogio del Tour

\_ Éric Fottorino

Traducción de Isabel Margelí



La Caja  
Books

*Elogio del Tour*

Primera edición: septiembre de 2018

© Éditions Gallimard, 2013.

*Petit éloge du Tour de France*

© del texto: Éric Fottorino

© de la traducción: Isabel Margelí

© de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Paco Cerdà

Diseño de la colección: Setanta

Corrección: Leticia Oyola

Ilustración y maquetación: Esperança Martínez

Ilustraciones: Maillots de Luis Ocaña (p. 11); Fausto Coppi (p. 25); Marco Pantani (p. 33); Louison Bobet (p. 41); Charles Pelissier (p. 67); Eddy Merckx (p. 77); Jacques Anquetil (p. 89); Bernard Thévenet (p. 95); Jean Robic (p. 105); Bernard Hinault (p. 113); Lance Armstrong (p. 119) y Raymond Poulidor (p. 139).

© La Caja Books

[www.lacajabooks.com](http://www.lacajabooks.com)

[info@lacajabooks.com](mailto:info@lacajabooks.com)

ISBN: 978-84-17496-09-8

Depósito Legal: V-1793-2018

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

## ÍNDICE

- p. 11 Una bicicleta en el atleta
- p. 25 Elogio del sol de otoño
- p. 33 Elogio de los forzados de la carretera
- p. 41 Elogio del Tour en blanco y negro (1)
- p. 67 Elogio del Tour en blanco y negro (2)
- p. 77 Elogio de *La Course en tête*
- p. 89 Elogio de las eliminatorias (después del Tour)
- p. 95 Elogio de ciertos puertos difíciles
- p. 105 Elogio del calor y la sed
- p. 113 Elogio de la caravana que pasa (y nunca cansa)
- p. 119 Elogio del antidopaje
- p. 139 Elogio dentro del elogio

*A la memoria de mi amigo Didier Mestre,  
lejos, allá en las montañas del cielo.*





Una bicicleta en el atleta



Corrí mi primer Tour de Francia cuando tenía once años. Me llamaba Luis Ocaña y mi intención era derrotar al ogro Eddy Merckx. Llevaba el maillot amarillo, duramente conquistado tras una cabalgada quijotesca en la etapa de Orcières-Merlette (yo prefiero decir «Sorcières», ‘brujas’), en los Alpes sobrecalentados del verano de 1971. Le había arrebatado la camiseta de la espalda, directamente de la piel, devorándola hilo de oro a hilo de oro. Ya podía correr para recuperarla. Si hubiera colgado su refrigerio de mi sillín, no habría comido por un tiempo. Yo era Ocaña, con su aspecto de torero de raza, buenas articulaciones, sangre espumosa en las venas, mirada negra fija en las cimas, espalda redondeada de gato que bufa... Había puesto en marcha una de esas ofensivas que te proyectan

directamente a la Historia. El ogro había visto desaparecer, impotente, mi maillot naranja del equipo Bic. Yo pedaleaba y pedaleaba, volaba como todos los escaladores de *La Légende des cycles* antes que yo, empezando por Federico Bahamontes, el Águila de Toledo, victorioso en la Grande Boucle de 1959. España introducía su cuerno hasta los Alpes, como habría cantado Nougaro, y dale, dale, Ocaña, mientras los hombros de Merckx se bamboleaban. Este iba a ceder por primera vez, a hundirse en el hormigón licuado por el mismo sol que matara a Simpson no hacía mucho con la grava fundida del Ventoux.

Todos los escaladores del Olimpo: Bahamontes, al que ya he nombrado, pero también Charly Gaul e incluso Jiménez, Fausto Coppi, Bartali... Todas esas sombras proyectadas por las pendientes del Tour reaparecían a cada pedaleo con que Luis y yo, su doble, nos convertíamos en Grandes de España. El español de Mont-de-Marsan tomó la camiseta como si nada, aquello era una fiesta, con estocada a un belga que sangraba por el flanco sin darse por vencido. Al día siguiente, cuando ya la carrera se desplazó de las cimas al llano, Merckx descendió a una velocidad de vértigo y convirtió la salida en una pesadilla para el pelotón, su líder flamante y sus adormecidos seguidores. Una galopada deslumbrante. Eddy, herido en su amor propio, era un peligro público. Machacando su bici para rodar aún

más deprisa, dejando motoristas atemorizados a su paso, se mantuvo doscientos kilómetros apretando al máximo, y aun así le sacó un minuto de nada al imperial Luis en la llegada, que había minimizado al máximo los daños, llevado, transportado por su preciosa camiseta, que pronto iba a ser de Nessus.

El Tour había terminado. Merckx iba a perder. Cundía el pánico: ¿Merckx, perder?

En la tarde posterior a la retransmisión televisada de la etapa monté mi bici híbrida, a la que había sometido a algunas afrentas por exigencias del duelo sin piedad que me enfrentaba al campeón belga. Mi montura había prescindido del guardabarros y de los faros, demasiado pesados y comodones. Incluso perforé al tuntún las fundas de las manetas de frenos, para perder a toda costa unos gramos preciosos. La cuestión era escalar los montículos como un avión una vez lanzado a La Chalosse con mis compañeros, tan locos por la bici como yo. Me iba con los críos del pueblo de Des Pins, en Dax, el barrio de mis abuelos llegados del norte de África. Mis principales competidores eran los tres hermanos Ascencio; hijos de un repatriado veloz y tenaz, pedaleaban montados en las vigorosas «carreras» de su padre, unos artilugios demasiado grandes para ellos, pero de primera categoría. Esas bicicletas habían ganado antaño grandes pruebas ciclistas en Marruecos, en las rutas del Atlas, y eso sí me

infundía respeto. La lucha era porfiada. Si el hábito no hace al monje, la bici purasangre sí hace un poco al corredor. Por entonces, con mi Peugeot trucada invertía todas mis tardes en llegar a ser Luis Ocaña, aunque no entendiera ni jota de español más allá de lo que oía gritar en la feria los días de corrida: «¡Olé!». Nos esforzábamos, resoplábamos, estábamos en el paraíso, en el reino encantado de la pequeña reina.

Llegaron los Pirineos con su Tourmalet, su Col de Mente, sus nubes y sus tormentas. Toda España había cruzado la frontera para animar a Luis, cubierto de oro y, pronto, de sangre. Porque iba a haber sangre y olor a muerte, una atmósfera de rueda por la tarde, del lado de sombra. En el descenso del puerto Ocaña ya se colocó en la avanzadilla. Yo lo devoraba con los ojos ante el televisor. Sus músculos respondían a la perfección; sus frenos, no: en una curva muy cerrada y sobre una calzada resbaladiza como el jabón, cayó con todo su peso. La lluvia arreciaba. La tormenta retumbaba y los relámpagos hacían las veces de flashes para los atónitos periodistas que «omitían el deber de socorro» a una persona en peligro, a un campeón hecho trizas. Aunque se había herido, el amarillo dominaba aún en su torso y él era orgulloso y valiente, de modo que volvió a montar su bicicleta. Al fin, unos espectadores lo ayudaron a aguantarse en el sillín. «¡Que

sigue, que sigue!», exclamé. Ilusión: ya no siguió. Arremetiendo contra la niebla espesa, el portugués Joachim Agostino (que años más tarde se mató al impactar contra un camión), el corredor de mejor pasta, el más dulce, pesado y cálido como un «toro de fuego», Joachim topó con Luis, seguido de Zoetemelk, cuyo apellido significa 'leche azucarada'. Con las costillas perforadas, Luis estaba perdido. Luis había perdido. Se desmayó. De pronto, sus sueños de alzar el vuelo fueron atravesados por las aspas de un helicóptero. España lloró, y yo también.

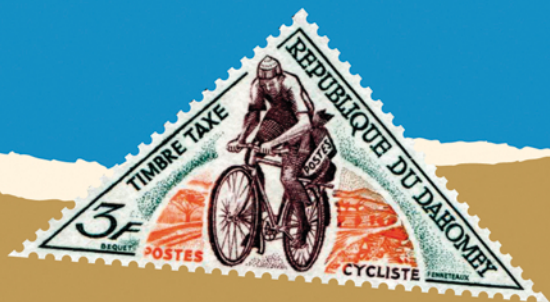
En el salón de mis abuelos, con todos los postigos cerrados contra el sol y contra el duelo, fui el bello Luis, el tenebroso, el viudo inconsolable de la bicicleta. Había que reaccionar con rapidez, buscar un remedio. Sobre las baldosas frescas del pasillo que conectaba los dormitorios con la cocina, vengué al orgulloso castellano con mis pequeños corredores de acero: gracias a unos dados un poco trucados, el que vestía el espléndido maillot Bic se lanzó al frente cual una llama naranja. Atrás dejó a Merckx, Poulidor, Thévenet, Gimondi y todos los demás. Se elevó hacia la luz y, de no haber sido por mi timidez, sumada a una ortografía defectuosa, habría enviado al momento este telegrama al herido grave trasladado al hospital de Luchon: «Querido Luis, stop, duerme en paz, stop, para mí no cabe duda, stop, tú has ganado el Tour 71».

Al día siguiente, Merckx se negó a enfundarse el maillot amarillo. Una nobleza muy española. No esperaba menos de aquel señor por quien mi joven corazón latía en tres tiempos, dos sordos y uno furtivo (me habían detectado un ligero soplo que no me impedía pedalear hasta perder el aliento). El rey Eddy no se consideraba digno de lucir su camiseta sobre la alfombra verde. Dos años más tarde, Ocaña ganó un precioso Tour, pero Merckx se había quedado en casa. Como si, por pudor, no hubiera querido ser testigo de las bodas de Ocaña con la Grande Boucle. Aquella fue mi primera lección de ciclismo: una mezcla de lucha abierta, de trifulca sin piedad, de heroísmo y de mala suerte, de injusticia y de honor.

Han transcurrido más de cuarenta años y siempre he defendido aquellos valores, en los que no he dejado de creer pese a los deshonestos que, junto con sus cómplices, han puesto en peligro los ideales del Tour. Y es que el heroísmo ya no es de rigor: el dopaje ha echado la fiesta a perder. Desde el verano del 71, he sido Merckx por el brío, el coraje y la clase, por la carrera en cabeza hiciera el tiempo que hiciera, por el récord de la hora erigido en tortura. He sido Maertens por la rapidez. Sobre todo he sido Thévenet, con su voluntad de hierro y su mentón conquistador. El Thévenet del póster de mi cuarto de adolescente en La Rochelle, entre Coppi y

# La Iliada en maillot

\_ Carlos Arribas



La Caja  
Books



# La Iliada en maillot

Crónicas de alta montaña

\_Carlos Arribas



La Caja  
Books

## PREFACIO

Suena a fantasía, a quimera, a ensoñación de raigambre infantil. Un Tour de Francia compuesto por veintiuna etapas de montaña. Sin tregua, sin descanso. Un recorrido de tres semanas con perfil de sierra inacabable para extenuación del corredor y éxtasis del aficionado. Con ciclistas, además, de épocas distintas. De Pantani, Virenque, Zülle y Escartín, a Nairo, Froome, Aru o Contador. Con las grandes cimas de siempre encadenándose unas con otras, repitiendo el paso por las cumbres legendarias si conviene al relato. Con la bruma neblinosa de las altitudes y las caravanas varadas en la cuneta como único paisaje de carrera. Con el pedaleo incansable del pelotón fracturado por las 86 montañas —22 de categoría especial, 24 de primera, 13 de segunda, 18 de tercera y 9 de cuarta— por las que atraviesa este Tour imposible, un Tour hecho de tinta y papel. De miradas y palabras. Las que elige un mismo cronista, único testigo y relator del Tour imaginario que compila el presente volumen.

*La Iliada en maillot* reúne, por primera vez, las mejores crónicas del Tour de Francia escritas por Carlos Arribas, periodista del diario *El País*. Con una mirada que aúna el periodismo y la poesía —¿qué otra cosa si no es la crónica desde sus orígenes?—, las crónicas de Arribas son como los ataques furibundos del Pirata o el elegante pedaleo de Anquetil: se identifican bien pronto y desde lejos. Y como las gestas de Pantani o la estela solitaria de Maître Jacques, como los grandes clásicos, perduran en la memoria sin sucumbir al paso del tiempo, al cambio de modas.

Nos complace presentar este canto al ciclismo, al periodismo y a la literatura que constituyen las piezas aquí antologadas: veintiuna crónicas del Tour publicadas por Carlos Arribas entre los años 2000 y 2017. Van precedidas por una etapa prólogo, como toda gran vuelta, y por una introducción inédita donde el autor reflexiona sobre la épica. Cómo sentirla, vivirla, narrarla.

Francia tuvo a Blondin. Italia tuvo a Buzzati. Aquí tenemos a Carlos Arribas. Ha llegado el momento de subirlo al podio de los grandes cantores europeos de la epopeya ciclista.

PACO CERDÀ



## KILÓMETRO CERO

# Detrás de la belleza, la verdad que emociona

Algunos nacen grandes, algunos alcanzan la grandeza  
y a algunos les cae la grandeza encima.

William Shakespeare, *Twelfth Night*

Mis recuerdos probablemente los haya leído por ahí, pero los creo y los vivo como si fueran realmente míos. Cualquiera que haya sido niño habrá dicho esta frase alguna vez en su vida, y más si de niño le gustaba el ciclismo y leía las crónicas del Tour y la Vuelta y así, apasionadamente, memorizando frases enteras, emocionándose siempre al releerlas una y otra vez, las empotraba en su cerebro, donde la fantasía leída se convirtió en recuerdo vivido para siempre. Los héroes deportivos nacen con la niñez y duran para siempre.

Tourmalet, Puy de Dôme, Galibier, Mont Ventoux... Los lugares del héroe, los campos de batalla, palabras fuertes agudas, de vocales claras y consonantes duras, se memorizan como se memorizaban las poesías en el colegio: «Una tarde parda y fría / de invierno. Los colegiales /

estudian. Monotonía / de lluvia tras los cristales...». Y los nombres de montañas desconocidas, solo imaginadas, se encadenan en poemas sin fin, y a las listas interminables se les podía aplicar métrica, rima y ritmo, y convertirlos así, solo la enumeración, en cantares de gesta, en el hueso en el que arraiga el sueño. Aspin, Peyresourde, Portilhon, Menté, Aspet, Luz-Ardiden, Alpe d'Huez, Télégraphe, Croix de Fer, Madeleine...

Las crónicas deportivas que los hacen vivir en su imaginación, y más aún las específicamente de ciclismo y del Tour y sus paisajes, tienen un carácter épico y sentimental no por decisión de quien las escribe, sino por obligación, porque el tema exige y elige el estilo. Son crónicas de batallas y guerreros. De dramas que no nacen del resultado, que al final es secundario, una consecuencia sin más, sino del valor, de la cobardía, de las dudas todas de los personajes. Como dice un compañero, el cronista de deportes es un Shakespeare en zapatillas de tenis, experto en identificar la tragedia que nace de la elección moral de los deportistas (porque el deporte es moralista). Se busca y se escoge a un héroe, maestro de su destino, y, trazando su peripecia en el paisaje único de la montaña, se da forma al caos. Bahamontes, Ocaña, Coppi, Bartali, Merckx, Charly Gaul, Anquetil... Otra lista interminable, otro poema de solo nombres propios, para rivalizar en la memoria con los puertos de los Pirineos y los Alpes y los volcanes del Averno. Su resonancia y la emoción que despiertan, su recuerdo. No puede haber más belleza.

Mediados los años cincuenta, Antoine Blondin heredó de Desgranges y Godet el privilegio de la gran crónica

## ETAPA PRÓLOGO

### Un estado de ánimo

El Tour es un estado de ánimo y una inspiración repetida, un elemento químico ni sólido ni líquido, más bien gaseoso, fugaz, una misa que este verano, dentro de unos días, comenzará a celebrarse por centésima vez. El Tour, dijo Luis Ocaña, desprende perfume de epopeya allá por donde pasa.

Después de las etapas, a Raymond Poulidor le gustaba pasarse por la sala de prensa para ver escribir a Antoine Blondin. Mejor, para verle en un rincón junto a la pluma, absorto ante una hoja en blanco, un Gauloises en los labios cargado de ceniza, un vaso vacío en la mesa pulcra. Los ojos cerrados, así lo recuerda Poulidor, inmóvil, en las nubes. Repentinamente Blondin salía de su torpor, llenaba el vaso de vino rojo como la sangre o de cerveza rubia, lo vaciaba de un trago, soltaba un juramento, des-

capuchonaba la pluma, soltaba un juramento y empezaba a escribir sin parar con bella letra redonda y clara. A Poulidor le maravillaba verlo así, rodeado de gritos y carreras de centenares de colegas que aporreaban la máquina de escribir o dictaban a los periódicos sus crónicas del día. Y Blondin le decía: «Cuando me siento ante una hoja en blanco, sé lo que voy a beber, y es quizá de lo único de lo que estoy seguro. En cuanto al resto, escribo al dictado del Tour de Francia».

Los periodistas y escritores que inventaron la leyenda, los de entonces, los de la época de Blondin, los años sesenta y setenta, y los anteriores, de las épocas previas a la televisión, sentían la carrera que les hablaba, fabricada para ellos. No necesitaban verla apenas para aprehenderla y transformarla. Montaban en coches ruidosos, adelantaban al pelotón, veían la cara de los escapados, paraban a comer en bares donde hablaban sin parar, volvían al coche, volvían a adelantar al pelotón, a los fugados, a los que a veces cronometraban con mirada de saberlo todo, y aceleraban sin parar hasta la sala de prensa, donde esperaban ciegos la llegada. Sus crónicas al día siguiente eran la verdad irrefutable. Por las mañanas, en la salida, los ciclistas las leían y se convencían de que justo aquello era lo que había pasado, y no otra cosa. Y cuando se convertían en libros escritos por ratones de hemeroteca y grabadora, eran ya la verdad absoluta, la memoria y el recuerdo de los viejos campeones. Cuando se habla con ellos, ahora, ya octogenarios, o casi, con Federico Bahamontes o con Julio Jiménez, con Bernardo Ruiz, su memoria, ya cerca de la fabulación, se agarra a lo que ha



# Un monólogo en el repecho

Gérardmer 13-7-2014

Lo dice Iván Gutiérrez, que no está en el Tour y es cántabro, y hay que creerle: a veces los ciclistas envidian a las vacas.

Hay días como este de entrada en los Vosgos, tanto pino verde, tanto chaparrón repentino, en los que muchos ciclistas, tantos que arrastran sus penas y su falta de fuerzas por las cuestas empinadas, preferirían ser una de esas vacas que les miran indolentes rumiando desde los prados, sin más deleite que ver pasar el tiempo (y, si tienen suerte y un granjero sensible, escuchar al cuarteto de Charlie Haden al atardecer), y no un aspirante a gigante de la ruta, un deportista admirado al que los ingenieros de caminos modernos, que siguen engañados en la creencia de que la recta es el camino más corto entre dos puntos, le han jugado la triste broma de trazar una línea recta, una cinta de asfalto de porcentaje desmedido cortando las suaves curvas tradicionales y virajes que rodeaban en pendiente

gradual la subida a una colina como la llamada Piedra Gorda (la Grosse Pierre) para acortar el camino a la cima.

Hay días, en efecto, como este, en los que solo los que no son ciclistas, o los ciclistas que no están atormentados en el Tour, pagarían por estar en el pelotón aunque marcharan descolgados, pues son días que les hacen sentirse grandes al final, bajo la ducha en el autobús. Sin embargo, por supuesto, si les dieran a elegir, antes que cualquier otro preferirían ser Contador, quien le enseñó la rueda trasera a Nibali en el primer acto de lo que podría llamarse su operación reconquista.

O quizás alguno escogería ser Blel Kadri, quien ganó la etapa después de estar fugado todo el día. Kadri, francés de origen argelino, como el *sprinter* figura Bouhanni, nació en Burdeos y cuando su madre se separó del padre se fue con ella a Toulouse (y con sus tres hermanos: curiosamente los cuatro son dos parejas de gemelos), donde abrió una pequeña tienda de ultramarinos. Se hizo ciclista en el club en el que antes habían triunfado Moncoutié y Portal, y a los 27 años ha alcanzado la madurez que le ha permitido, después de dejar a Chavanel, el joven Yates y otros compañeros de fuga en el primer puerto vosguiano, fastidiar a Contador, quien pensaba que no iba nadie delante cuando él atacó, o así lo dijo, y que iba a ganar la etapa. Pero le ganó a Nibali, le sacó 3 segundos en 100 metros, y con eso se sintió feliz.

Contador tiene una manera muy suya de usar las palabras para despojar de grandeza, o de sentido humano, muchas de las acciones que le convierten en un ciclista único, y temido. Nada hay más humano que la rabia, el

deseo de revancha, la rebeldía, y todos esos sentimientos guían las decisiones de los campeones, que no admiten nunca la derrota. Por eso se distinguen. Por eso se distingue Contador también, pero cuando se explica prefiere hacer ver que su estrategia la guían solo el cálculo o la necesidad. Todo el pelotón sabía que después de quedarse clavado e incapaz de seguir la rueda de Nibali en el barro del pavés, el chico de Pinto se revolvería a la primera oportunidad para devolverle el golpe al siciliano, para hacer del Tour, siguiendo la famosa tonadilla cubana que cantaba Manuel García, no en un duelo a espada de rivales, sino en un juego de amantes en la cama casi, en un toma y daca en el que a cada *riquirriqui* de una lado le seguiría un *riquirraca* del otro.

Y así, la víspera del primer repecho de los Vosgos, Contador disimulaba, silbaba ausente, decía que eso no era para él, que era muy corto y explosivo, que nadie le esperara. Nadie le creía, claro. Nadie dejó de vigilarle, y menos aún cuando, acercándose al primer segunda del día, los *fosforitos* Tinkoff, comandados por Tosatto, empezaron a poner en fila al pelotón. Y después de Tosatto fue Paulinho, y después Majka y luego Rogers en un descenso tan vertiginoso que se quedó solo delante; y luego fue Roche en la subida final. Y tras cada acelerón de uno de los chicos de Contador, el pelotón se reducía y se reducía. Y a falta de un kilómetro, como todo el mundo esperaba, aceleró Contador. Pocos metros después, a su rueda trasera, intentando no dejarle ni un centímetro y a veces hasta rozándola con la suya delantera, solo estaba, de amarillo vivo, Nibali. Por detrás, era un sálvese quien pueda: Val-

verde no podía (el agua siempre le fastidia, repite), tampoco apenas Porte, ni Vandenbroucke ni Van Garderen; Talansky había vuelto a caerse en una curva, como Fuglsang; de Rui Costa apenas se veía a lo lejos los reflejos de su arcoíris; de Kwiatkowski, nada. Todo estaba a punto para el toma y daca.

Pero no fue un toma y daca, sino un toma y toma; no fue un *riquirriqui riquirraca*, sino un *riquirriqui* constante, un monólogo. Contador, luciendo una plenitud de forma que no se le veía en el Tour desde 2009, aceleraba y aceleraba sin parar, con la misma tenacidad y obsesión con la que hace unas semanas logró descorazonar a Froome (el principio de su fin) resistiéndole en la Dauphiné. Y no paró hasta conseguirlo, hasta lograr que Nibali bajara la cabeza, mirara para otro lado y se diera por satisfecho por haber resistido hasta allí. Fue en los últimos 100 metros. Perdió 3 segundos, y, simbólicamente, pasó a Contador el cetro de favorito, o, si no, el de mejor escalador (y el Tour se decidirá en la montaña).

Después, cada uno se encargó de quitar grandeza a lo acaecido en la subida a La Mauseleine, la colinita que domina Gérardmer. «Estoy muy contento, no era una subida que fuera con mis características —dijo Nibali—. Solo he perdido tres segundos. Otros años habría perdido más». Y Contador: «No he atacado a fondo porque me reservaba para ganar la etapa. Solo al final, al ver que el primero ya había llegado hacía dos minutos, atacué. Y me sorprendió soltar a Nibali, porque era una subida muy corta, que no va con mi estilo». Como si quisieran que todos fuéramos vacas.

# Se necesitan héroes

\_ Priscila Lessa  
y Miguel Ferrando Rocher



La Caja  
Books

# Se necesitan héroes

La estética del dolor / Tourmalet

– Priscila Lessa – Miguel Ferrando Rocher

Prólogo de Guillermo Ortiz



La Caja  
Books

## ÍNDICE

- p. 7 Prólogo
- p. 15 I. La estética del dolor
- p. 21 Introducción
- p. 31 El ciclismo en ruta como experiencia estética
- p. 51 Los cuerpos del Tour: la belleza de los ciclistas
- p. 53 La estética del dolor: la fascinación ante el sufrimiento de los atletas
- p. 107 Referencias
- p. 113 II. Tourmalet
- p. 117 Prólogo
- p. 119 Hors catégorie. Chris Froome
- p. 123 Día de descanso. El caso Festina
- p. 127 Avituallamiento. El Tour de Lance
- p. 133 Etapa 1. Luis Ocaña
- p. 143 Pancarta de montaña. Martin Van Den Bossche
- p. 149 Etapa 2. Raymond Poulidor
- p. 159 Meta volante. El mirador
- p. 163 Etapa 3. Gino Bartali
- p. 171 Tourmalet

# PRÓLOGO

Guillermo Ortiz





## El renacimiento de la tragedia

Hay una gran diferencia entre el triunfador y el héroe, y más aún en una sociedad tan obsesionada por el triunfo como la actual. El primero solo concibe la meta, es decir, la victoria. Nadie va a valorarle más allá de sus logros, de su palmarés. En todos los deportes existen los triunfadores y es fácil detectarlos: sus nombres aparecen en negrita en los listados. Pero ¿y los héroes? ¿Va ligada la victoria al heroísmo? No necesariamente. Para ser héroe, por supuesto, ayuda que tu gesta sea conocida por miles de personas, y la gloria ayuda a ese conocimiento, pero, sobre todo, requiere de empatía, de identificación, de aprecio por la empresa más allá de sus resultados. Algo parecido a un «acabe como acabe, yo me sentiría orgulloso de haber hecho eso».

Hay en el héroe, ya desde los tiempos griegos, un necesario componente trágico. No es solo una cuestión

**LA ESTÉTICA DEL DOLOR**  
Fascinación ante el sufrimiento ciclista

Priscila Lessa

# INTRODUCCIÓN

El Ventoux se compone de tres ascensiones distintas. Los primeros seis kilómetros son menos empinados, como un aperitivo. La siguiente sección serpentea durante diez kilómetros entre una vegetación de robles y pinos cruelmente escarpada. Los seis kilómetros finales, casi tan empinados, discurren a través de las cimas más altas del Ventoux, un paisaje desolado sin árboles.

DANIEL COYLE

Es 13 de julio del año 2000. En la duodécima etapa del Tour de Francia entre Carpentras y el Mont Ventoux, el pelotón avanza implacable rumbo a la montaña: una cima legendaria de batallas y duelos clásicos del ciclismo en ruta. Los mejores escaladores saben que la carrera ciclista más prestigiosa del mundo va a exigirles mucho arrojo y coraje en esta dura jornada.

La ascensión al Mont Ventoux constituye un episodio épico en el Tour. La montaña queda situada al nordeste de Carpentras y limita con la Provenza en la región conocida como los Prealpes. Es un puerto de contrastes, pasiones y dramas. Los mayores escaladores de la historia del Tour han inscrito su nombre en este coloso con hermosas victorias: Bobet, Thévenet, Poulidor, Merckx. La estampa lunar de la montaña se erige como principal icono. Hay otro: el del mítico Tom Simpson, quien en

1967 murió en la pendiente de la montaña poco antes de conseguir derrotarla, de apoderarse de ella. El ciclista británico sufrió un colapso fatídico provocado por el consumo de drogas como la anfetamina, que lo iban a ayudar a rozar la victoria en el pico. Al final de la ascensión, el monumento en memoria del mito puede ser visitado por aquellos que hoy se atreven a completar la subida. Allí se ven bidones de agua, flores y otras ofrendas.

Para los ciclistas que se acercan al Ventoux con intención de iniciar la ascensión, la percepción es algo menos poética, más realista, según relata el ciclista americano Tyler Hamilton. «Se nota por un apretón más intenso en el manillar. Una vacilación o rigidez en el pedaleo. Hombros inquietos. La mirada hacia abajo, a las piernas, ojos saltones, boca caída, todo aquello que presagia un accidente inminente».

De este modo siguen los corredores de la edición del 2000 en dirección a la subida, que no ha sido la primera de la etapa, pero que, sin duda, es la más dura de esta jornada de 150 kilómetros. Motos y coches de la organización abren el paso entre la multitud que se arremolina a los bordes de las carreteras francesas durante el Tour para ver pasar al pelotón, aunque solo sea por unos segundos. Allí están los espectadores, con sus autocaravanas, sillas, banderas y bicicletas. Cuanto más alto se ascienda, mayor es la probabilidad de ver, quién sabe si tocar, al ídolo. A medida que la montaña se va empinando, el pelotón se deshace y el aficionado puede admirar durante más tiempo el paso de cada ciclista.

La muchedumbre de fans se muestra eufórica viendo

# **TOURMALET**

**Una historia de puertos encadenados,  
de subidas, de bajadas, y una caída inevitable.**

**Miguel Ferrando Rocher**

## PRÓLOGO

(Suena «Son tus perjúmenes, mujer» de Carlos Mejía Godoy. Tres sombras aparecen bailando con sus bicis. Cuando la música acaba, las tres sombras se transforman en FEDERICO, MIGUEL y ALBERTO. Tres hermanos ciclistas que se preparan para salir a la carretera).

# Hors catégorie

Chris Froome

MIGUEL.— Vencedor del Tour de Francia de 1959.

(Silencio).

MIGUEL.— ¿Federico? Vencedor del Tour de Francia de 1959.

FEDERICO.— No lo sé.

MIGUEL.— ¿Cómo que no lo sabes?

FEDERICO.— Pues no lo sé.

MIGUEL.— Pues deberías saberlo.

ALBERTO.— Ya vale, Miguel. Si no lo sabe, no lo sabe.

(Silencio).

FEDERICO.— Alberto, te toca.

ALBERTO.— Campeón de la montaña en...

FEDERICO.— Ponlo facilito...

ALBERTO.— Campeón de la montaña en 2015.

FEDERICO.— Esa sí que me la sé.

ALBERTO.— ¿Miguel?

FEDERICO.— De 2015. Eh, Miguel.

MIGUEL.— Es demasiado reciente. El ciclismo de verdad es el del siglo veinte.

FEDERICO.— Ya estamos con la historia del siglo veinte. Si jugamos, jugamos con todo.

ALBERTO.— Miguel, ahí tiene razón Federico.

# Etapa 1

Luis Ocaña<sup>1</sup>

LUIS.— Me pone triste ver cómo España se destruye.

A mí no me interesa la política

yo quiero estar tranquilo.

La dictadura en Europa ha terminado

y está bien que sea así.

Pero...

PERIODISTA A.— Pero usted es francés.

LUIS.— Yo soy español.

Mi país es Francia,

pero yo soy español.

En Francia me llaman el Español.

PERIODISTA B.— Y en España, el Francés.

LUIS.— Yo soy más español que el Caudillo.

Yo quería correr

en la selección española.

«No queremos corredores comunistas».

Y yo mataría por España.

Mi mujer y mis hijos son franceses.

Yo vivo en Francia.

Pero nunca he dejado de ser español.

Aunque me viera forzado a emigrar de mi país

por culpa de una dictadura.

---

1 Monólogo co-escrito junto con el actor Guille Zavala, que dio vida a Luis Ocaña en el estreno de la obra en el Teatre Micalet de València en mayo de 2018.



## ETAPA 2

### Raymond Poulidor

POU-POU.— Me llamo Raymond Poulidor. Nací en Merignat, Francia, en 1936. Merignat es una aldea a los pies de los Alpes de apenas cien habitantes. Pasé a la posteridad como «el eterno segundo». Terminé el Tour de Francia tres veces segundo, y cinco veces tercero. Me retiré de la alta competición.

Ahora vivo en un pequeño pueblo de la campiña francesa. Alejado de los ruidos. Cojo mi bici seis días por semana y hago unos cuantos kilómetros por los alrededores. A veces me junto con los del club de juveniles de Rennes, que pasan por aquí. Para ellos soy Raymond. Para sus entrenadores, Poulidor. No sé si me recuerdan. Pero hubo un tiempo, hace demasiados años, en que la gente se agolpaba en estas cunetas para aclamar mi nombre. ¡Aquellas personas nunca corearon: «¡Raymond, Raymond!».. Ni siquiera: «¡Ánimo, Poulidor!».. Ellos decían: «¡Vamos, Pou-Pou! ¡Vamos, Pou-Pou! ¡Vamos, Pou-Pou!»..

(Silencio. Suspira).

Vamos, Pou-Pou.

Pou-Pou...

## ETAPA 3

Gino Bartali

(Sigue sonando «Giovinezza». Aparece la sombra de GINO desde el fondo, cantando. Poco a poco, se va acercando a su bicicleta, cubierta por la bandera fascista italiana).

VOZ.— El ministro secretario del partido ha recibido, el 26 de julio de 1938, a un grupo de académicos fascistas, docentes en las universidades italianas, que, bajo la égida del Ministerio de Cultura Popular, han redactado o se han adherido a las propuestas que sientan las bases del racismo fascista:

1. Las razas humanas existen.
2. Existen grandes razas y pequeñas razas.
3. El concepto de raza es un concepto puramente biológico.
4. La población actual de Italia es en su mayoría de origen ario y su civilización, aria.
5. Es una leyenda la contribución de masas ingentes de hombres en tiempos históricos.
6. Existe ahora una pura «raza italiana».
7. Es hora de que los italianos se proclamen francamente racistas.
8. Es necesario hacer una distinción neta entre los mediterráneos de Europa (occidentales),